



BOLETÍN DEL CLERO DEL OBISPADO DE LEON



Alocución de Su Santidad Pío X
en el Consistorio secreto de 9 de Noviembre último.

VENERABLES HERMANOS:

Al dirigiros por vez primera, y en el día de hoy, Nuestra palabra desde este sitio, lo primero que se presenta á Nuestra consideración es la empeñada resistencia que opusimos pocos meses ha al ser designado por vuestros votos para la altísima dignidad Apostólica. Porque no queremos que penséis, era debida aquella resistencia á poco aprecio y falta de gratitud á la significativa demostración de vuestra buena voluntad y alta estima hacia Nuestra persona, ni que rehusábamos trabajar en más encumbrada esfera por la causa de la Santa Iglesia, á la cual habíamos consagrado toda nuestra vida y esfuerzos. Más, ciertamente, al conocer nuestra falta de virtud y pobreza de ingenio y descubrir cuántos y cuales dotes deben resplandecer en el Romano Pontífice, ¿qué extraño es si para sostener cargo tan grande nos juzgáramos del todo inútiles?

Vigilar para que el pueblo observe los preceptos del Evangelio y guarde sus consejos; defender con valentía los derechos de la Iglesia; resolver múltiples y gravísimos problemas sobre la sociedad doméstica, enseñanza de la juventud, acerca del

derecho y de la propiedad; serenar con la paz cristiana los elementos sociales hoy tan perturbados; santificar á los hombres con la penitencia; todo esto, repetimos, y mucho más, que pertenece al ministerio Apostólico, requería, sin duda, para su perfecto cumplimiento, fuerza mayor que la nuestra.

Añádase á esto lo que ya declaramos en nuestra reciente Encíclica, á saber: que éramos llamados á suceder á un Pontífice que granjeó para su memoria la admiración y la inmortalidad entre los hombres, por su celo en propagar el Catolicismo y fomentar las prácticas de piedad; por su sabiduría en fustigar los errores modernos y restaurar, pública y privadamente y en toda su integridad, la vida y doctrina cristianas, y por su paternal solicitud, así en levantar á los humildes y menesterosos, como en remediar las quiebras de la humana sociedad.

¿A quién no llenaría de congoja tener que reemplazar á un varón tan lleno de excelencia y de grandeza? Ingenuamente lo confesamos, considerando Nuestra insuficiencia llenábamnos de terror.

Pero como por secretos juicios de Dios ha sido servida su Providencia poner sobre Nuestros hombros la carga del Supremo Apostolado, la sobrellevaremos, fiados únicamente en su protección y auxilio.

Por lo que á Nos toca, consagraremos todos Nuestros cuidados y pensamientos á conservar santa é inviolablemente el *depósito de la Fe*, para atender á la salvación eterna, de todos, sin perdonar trabajos ni molestias.

Mas siendo sobremanera necesario á la Santa Iglesia que su Pontífice sea y aparezca con plena libertad y con entera independencia de otra potestad, según lo exige la singular naturaleza y sacrosanta institución de su cargo, hemos de dolernos amargamente del gravísimo atropello que en esto sufre el Pontificado.

Endulza, no obstante, nuestros pesares la valiosa cooperación que vosotros, Venerables Hermanos, con vuestra prudencia y constancia habéis de prestarnos en el desempeño de tan árduo y dificultoso ministerio, pues vuestro Colegio, por merced y divina dispensación, sabemos que está á Nuestro lado para ayudarnos con sus consejos y esfuerzos en la dirección y

administración de la Iglesia Universal. Por consiguiente, superfluo Nos parece manifestaros, que en toda circunstancia, singularmente en casos graves y excepcionales, hemos de acudir en busca de vuestros consejos y experiencia, con el fin de que el inmenso peso de la carga que nos abrumba sea repartido en todos vosotros. Pues trátase de un negocio que, estando fuera de los bienes transitorios, pertenece á los inmortales; puesto fuera de los límites de lugar y tiempo, abraza toda la redondez de la tierra. Trátase de la reverencia y cumplimiento de los preceptos evangélicos, no tan solo para los fieles, sino para todos los hombres, *por quienes murió Jesucristo*.

Es de extrañar existan muchos que llevados por el ansia de novedad se empeñen en averiguar ó hacer conjeturas sobre Nuestro futuro modo de proceder desde el Supremo Pontificado. Como si fuera preciso investigar, siendo tan patente, que no hemos de seguir otro camino que el señalado por Nuestros antecesores.

Nuestro lema ya dijimos que seria: *Restaurar todas las cosas en Cristo*; y como *Cristo es la verdad*, Nuestra principal ocupación ha de ser el magisterio y enseñanza de la verdad. Así cuidaremos sobremanera que fluya de nuestra boca y se grave profundamente en los corazones, para que santamente la practiquen, la sencilla, clara y eficaz doctrina de Jesucristo, ya que la guarda de sus enseñanzas dispuso El mismo fuera el medio supremo para conocer la verdad: *Si permaneciereis en mi palabra seréis verdaderos discípulos míos. Y conoceréis la verdad y la verdad os salvará.* (Joan, VIII-31, 32).

Necesario será para desempeñar esta enseñanza de la verdad cristiana, establecer y afirmar el conocimiento de altísimas verdades innatas ó divinamente reveladas, las cuales encontramos hoy á cada paso adulteradas ó completamente desfiguradas: robustecer los principios de obediencia, autoridad, justicia y equidad, hoy tan combatidos; dirigir en su vida pública y privada, dentro de las esferas del orden social y político, según las reglas de la moral cristiana, á todos los hombres, súbditos y gobernantes, hijos todos de un mismo Padre.

Quizá algunos tomen á ofensa lo que decimos de Nuestros desvelos tan oportunos en asuntos políticos; mas como com-

prenderá quien juzgue equitativamente las cosas, el Romano Pontífice jamás puede separar la política del ministerio que ejerce sobre la fe y costumbres. Es cabeza y Supremo director de la Iglesia, sociedad perfecta, que consta de hombres y está constituida en medio de los hombres, y por tanto, debe intervenir en los mútuos deberes juntamente con los que están al frente de la cosa pública, si ha de mirar por la seguridad y libertad de los católicos en todos los ámbitos del mundo.

Es innato en el hombre apetecer con ansia la verdad, y, una vez conocida, abrazarla y sostenerla; mas por corrupción de la naturaleza, sucede que muchísimos nada odian con más encono que las manifestaciones de la verdad, puesto que ellas ponen al descubierto sus errores y enfrenan sus concupiscencias. Las amenazas y persecuciones de tales desgraciados nada Nos han de conmover, porque descansamos en aquella advertencia de Jesucristo: *Si el mundo os odia, tened entendido que á Mí me odió antes que á vosotros.* (Joan. VIII-31 y 32).

Por lo demás, ¿habremos de detenernos en poner de manifiesto la falsedad de los que todos los días calumnian llenos de envidia á la verdad católica, como enemiga de la libertad, de la ciencia y del humano progreso?

La Iglesia, ciertamente, condena, y juzga ha de ser reprimida con severidad esa licencia desenfrenada en pensar y obrar, para la cual no hay ninguna autoridad ni divina ni humana, ningún derecho intacto y que derrocando todo fundamento de orden y de disciplina, siembra el estrago y ruina en nuestras ciudades; mas esto es corrupción de la libertad, la libertad no es verdadera libertad. Tan lejos está la Iglesia de oponer dificultades al ejercicio de la legítima libertad, que consiste en poder obrar cada cual lo que sea equitativo y justo, que siempre ha enseñado que ésta debe ser sin límites.

Ni es menos falso que la fé sea una rémora para la ciencia, siendo como es muy cierto que ésta aprovecha á aquella, y no poco. Porque, además de aquellas cosas que están sobre la naturaleza y acerca de las cuales ningún conocimiento puede alcanzar el hombre sin la fé, existen otras muchas igualmente encumbradas en el orden natural, que son conocidas por la razón

humana; pero ésta, robustecida con la fé, puede tener de ellas noticia más clara y perfecta: es un absurdo asegurar que la verdad está en pugna consigo misma; toda vez que así el orden sobrenatural como el natural, proceden del mismo origen y fuente, que es Dios.

Y respecto al progreso, ¿por qué Nos no hemos de aplaudir y aprobar, ya que somos custodios de la verdad católica, los adelantos del ingenio, los descubrimientos de la experiencia y el desarrollo é incremento de las ciencias, que al fin y al cabo conducen la acción de esta vida perecedera á otra vida mejor? A fomentar todos estos adelantos Nos anima también el ejemplo de Nuestros predecesores; pero es deber Nuestro refutar y combatir las enseñanzas de la moderna filosofía y jurisprudencia civil, merced á las cuales, los presentes acontecimientos están en pugna con los preceptos de la ley eterna. En cuya lucha no presentamos dificultades al progreso de la humanidad, sino que oponemos un dique para impedir su destrucción.

En el fragor de esta imprescindible batalla en aras de la verdad, abrazamos á todos sus enemigos y perseguidores, por quienes sentimos verdadera compasión, y derramando amargas lágrimas los encomendamos todos á la misericordia divina. Porque si es ley sacratísima del Pontificado aprobar y defender lo que es verdadero, justo y recto, y rechazar y anatematizar lo que es falso, injusto y depravado, también lo es implorar perdón y misericordia para los pecadores, á semejanza de Aquél que *rogó por los delincuentes*, Dios, que *estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo*, dispuso prorrogar este ministerio de reconciliación, principalmente por medio de los Romanos Pontífices, como Vicarios de su Hijo, reconciliación que, por consiguiente, ha de proceder de la autoridad y magisterio apostólicos.

Pensar que Nuestro oficio de reconciliación ha de particularizarse ó circunscribirse á esferas determinadas, es inferir una injuria á Nuestros deberes y ministerio, en virtud del cual venimos obligados á mirar por todos con afecto verdaderamente paternal.

No confiamos, sin embargo, conseguir lo que Nuestros predecesores no alcanzaron; á saber: que triunfe en todas partes la ver-

dad del error y de la injusticia universalmente propagados; pero en esto hemos empeñado todo el esfuerzo de Nuestra actividad. Y si nuestros deseos no han de verse totalmente cumplidos, esperamos, no obstante, con el auxilio de Dios, que el reinado de la verdad se consolidará en los buenos y se propagará entre otros muchos, bien dispuestos para recibirla.

Finalmente, grato Nos es sobremanera, Venerables Hermanos, dirigir Nuestras miradas á vuestro esclarecido Colegio, de cuyo honor decretamos que participen dos ilustres varones; uno de ellos, honrado ya por vuestro mismo testimonio durante el último interregno, ha demostrado cerca de Nos y en pocos meses, sus excelentes dotes de carácter é ingenio y exquisita prudencia en la resolución de los negocios; y el otro Nos es suficientemente conocido por su talento sobresaliente, profunda piedad y largo y fructuoso ministerio episcopal, son:

RAFAEL MERRI DEL VAL, *Arzobispo Titular de Nicea*,
y JOSE CALLEGARI, *Obispo de Padua*.

Suplícóos vuestro parecer.

Por lo tanto y por autoridad de Dios Omnipotente y de los Apóstoles Pedro y Pablo y Nuestra, creamos y publicamos Presbíteros Cardenales de la Santa Romana Iglesia á

RAFAEL MERRI DEL VAL y á JOSE CALLEGARI, con todas las dispensas, derogaciones y cláusulas necesarias y oportunas.

En el nombre del Padre ☩ y del Hijo ☩ y del Espíritu ☩ Santo. Amén.

BIBLIOGRAFÍA

COR JESU PREDICANDUM SEU EXPOSITIO ORATORIA LITANIARUM SS. CORDIS JESU.—El presbítero de la diócesis vicense, Licenciado D. Ignacio Torradeflot y Cornet, ha tenido la feliz idea de expositar en forma oratoria las cuarenta y dos deprecaciones de que constan las nuevas Letanías del Sagrado Corazón de Jesús, aprobadas por el llorado Pontífice León XIII con fecha 2 de Abril de 1899.

Sobre cada una de dichas deprecaciones ha formulado el autor de la obra un plan, con sus correspondientes tema,

exordio, moralidad y súplica para que sirvan, como él mismo dice, de auxiliar á los oradores en las fiestas del Sagrado Corazón.

La obra que consta de 42 capítulos, que son otros tantos bocetos de sermones, está escrita en latín, aunque sencillo, y tiene la censura del Ilmo. Sr. Obispo de Vich y la aprobación laudatoria del gran León XIII que envió á su autor la bendición apostólica; está editada en Roma y se vende al precio de 7 pesetas en rústica y 8'25 encuadernada en pasta, en las librerías católicas.

BIBLIOGRAFÍA DE PÍO X.—Dar á conocer al pueblo católico la Augusta Persona de su nuevo Pontífice, hacerla popular y querida de todos por las cualidades que la adornan y las circunstancias que la han acompañado desde la cuna hasta el solemne momento en que fué elevada á la dignidad más alta de la tierra, ha sido sin duda el propósito del autor de esta breve, pero completa y hermosa biografía, en la que há discretamente recopilado cuanto la prensa católica ha escrito del nuevo Papa, añadiendo de propia cosecha datos interesantes y atinadas consideraciones. En suma, es un librito de propaganda, tanto por su objeto y estilo como por su reducido precio (50 céntimos de peseta). Lo ha publicado la Librería Católica de San José.—Arenal, 20, Madrid.

EL RELIGIOSO PERFECTO.—Así se titula el librito que se acaba de publicar y el cual creemos que le ha de ser de provecho espiritual á todos los fieles y Religiosos.

Contiene la regla de conducta que para su interior gobierno escribió el Beato Diego José de Cádiz, Misionero Capuchino; treinta y tres consideraciones que el santo Misionero sacó de los santos Padres sobre la utilidad espiritual á todos los fieles de la Santa Misa, y termina con una poesía á la Santísima Virgen en que el bienaventurado recopila cuantas alabanzas y elogios se le pueden tributar.

Este opusculito editado con esmero en la tipografía de la «Sagrada Familia», de Cádiz, consta de 32 páginas con su cubierta, con un fotograbado del Beato Diego, y su precio es de Pesetas 0'25.

Se puede adquirir en la Administración de *El Adalid Seráfico*, Convento de Capuchinos, Sevilla.

(DOMINGOS Y FIESTAS DE ADVIENTO, por el M. R. Padre Monsabré, de la Orden de Predicadores, 50-París, P. Sethiellena, Librero, Editor, 10 calle Cassete. Madrid, Gregorio del Amo, 6 calle de la Paz).

En este magnífico volumen del Reverendísimo Padre Monsabré el ilustre dominicano francés que durante tantos años ilustró el púlpito de Nuestra Señora de París, se encontrará una amplitud de doctrina y de elocuencia que encantarán á las numerosas personas que deseen poseer en su biblioteca una obra teológica de tanto alcance.

Véase cómo el eminente autor presenta á los lectores su nueva obra: «No iré á buscar fuera de la liturgia el asunto de mis instrucciones. Los evangelios de los Domingos y Fiestas están llenos de enseñanzas de las que la mayor parte de vosotros conoce sólo la superficie. Con la gracia de Dios, trataré hacerlos entrar en sus profundidades.» He aquí, en efecto, sucesivamente:—el juicio final; las catástrofes que deben precederle y las razones que explican y justifican ese alarde de acción judicial por parte de Dios y de su Cristo; el testimonio que dá á su precursor; aplicaciones de la letra de ese texto á nuestros tiempos afligidos por la incredulidad y por la tibieza de los hijos de Dios.—La preparación de Dios para el advenimiento del Mesías. La Inmaculada Concepción y sus razones con el fin de la majestad divina. Lo que es el Verbo y lo que ha hecho; visible é invisiblemente, etc, etc. En una palabra, el campo es vasto y la cosecha ha sido abundante. ¡Cuántas enseñanzas prácticas en ese comentario del Evangelio! Pero el comentario está hecho por un maestro, y como se inspira á la vez en la ciencia y en la piedad, encuentra la palabra que responde á las necesidades de todas las almas é indica el remedio que la Redención nos ha preparado para todos los males de nuestro siglo. Si nosotros tuviéramos que expresar una preferencia, se la daríamos á ese magnífico sermón de la transfiguración del ministerio sacerdotal, ó á la explicación de los primeros versículos de San Juan, por otra parte y cómo elegir cuando todo, y desde todos los puntos de vista, tiene un mérito excelente.